

vidad, ordenara también hasta qué punto se habían de tolerar otras creencias. Más de una vez, las cortes de Madrid y de Bruselas quisieron acceder complacidas á lo pactado, á condición de que los Estados Generales reconocieran la ficción de la supremacía española. Si á ello estaban dispuestos los Estados nunca pensaron suspender sus relaciones comerciales. Muchos holandeses deseaban la paz, y probablemente Barneveldt era de esta opinión. Otros preferían una guerra interminable, y así lo creía Mauricio: con él estaban los esforzados capitanes, que lo mismo eran mercaderes que piratas. Pero ni Barneveldt, ni Mauricio hubiesen aceptado una paz ruinosa y reaccionaria, en particular el último. Aunque la Europa se mostraba, en aquellas circunstancias, favorable á soluciones pacíficas, y la Holanda se exponía á quedar sola, jamás Mauricio hubiese firmado la paz, mientras su patria, en poco ó en mucho, fuese presa del extranjero. Hizose la paz, bajo la base del reconocimiento de los hechos existentes, y sin mencionar siquiera la cuestión del comercio ultramarino. La República salía gananciosa con este tratado.

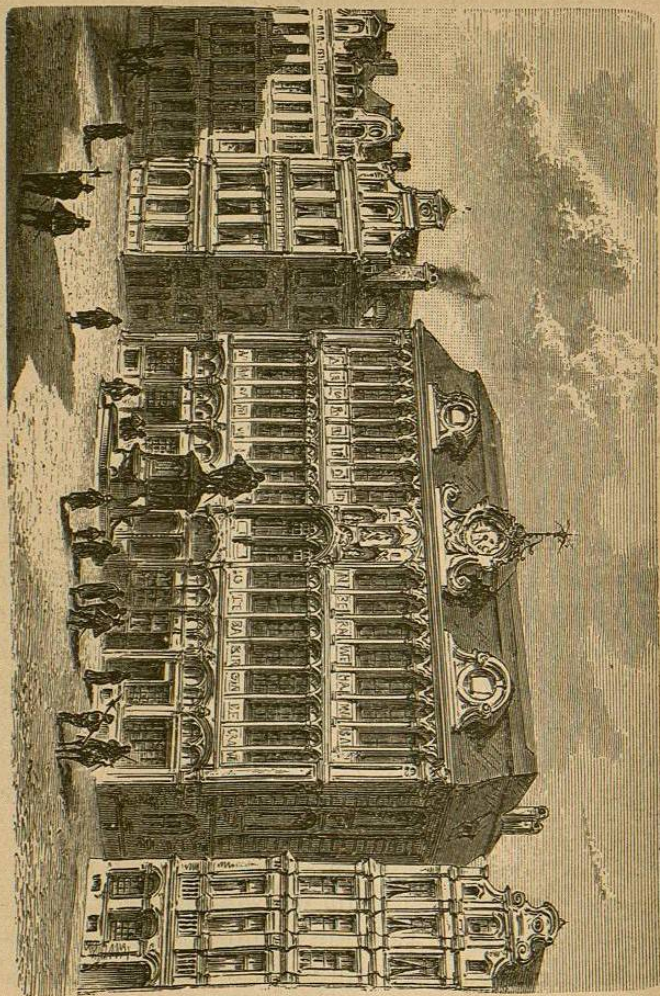
XXI

LOS ARCHIDUQUES Y LA GUERRA

Es indispensable recordar algunos hechos anteriores á la tregua de 1609, aunque haya necesidad de repetir acontecimientos; pues, de este modo, se comprenderá mejor la relación sucesiva de esta historia. Felipe II había muerto y los archiduques gobernaban en Bruselas. El rey de España, antes de su última enfermedad, determinó ceder á su hija y al archiduque Alberto, su futuro marido, el gobierno de los Países Bajos. Aunque los Holandeses no confiaban en la unión de las provincias, los ducados insistieron siempre, durante las negociaciones de la paz ó de la tregua, en la condición de que el rey de España y los archiduques debían renunciar su soberanía.

El archiduque Alberto era hermano del emperador de Alemania. Había sido elevado á la dignidad cardenalicia y desempeñaba el arzobispado de Toledo, la primera mitra de España por su jurisdicción y riqueza. Cuando en 1596 se le nombró gobernador de las provincias rebeldes, fué preciso, por razón de su estado, impetrar del Papa las necesarias dispensas para que pudiese trocar, sin escrúpulo, el báculo por la espada. En realidad, el archiduque prelado no sucedió inmediatamente al de Parma, sino al archidu-

que Ernesto, hermano suyo, quien gobernó el país cerca de un año hasta su muerte: en las Provincias



EL MERCADO DE BRUSÉLAS POR EL BROODHUIS.

Unidas encontraban el término de su vida, lo mismo los gobernadores que sus soldados. Á la sazón contaba el cardenal 35 años, y llevaba dos en el cargo

cuando Felipe II pensó en la separación práctica de aquellas provincias de la corona de España y en el matrimonio del cardenal con su hija. Durante los primeros tiempos del gobierno de Alberto, los Ingleses y Holandeses destruyeron la escuadra española en la bahía de Cádiz y saquearon la ciudad.

Si el archiduque no podía ser comparado con don Juan de Austria, ni con Alejandro Farnesio, su carrera militar era digna y honrosa. Sin embargo, sus victorias, y en particular, la toma de Calais y de otras fortalezas próximas, no dieron otro resultado que estrechar más la unión y alianza de Isabel y de Enrique de Francia con los Holandeses. La importancia de estos hechos fué causa ó contribuyó, á que Felipe, en 1596, mandase una segunda armada para invadir á Inglaterra, ocho años después del desastre de la primera. Ésta como aquélla fueron destruidas por las tempestades. Al descalabro marítimo hubo que añadir el triunfo conseguido por Mauricio, en 1597, en la batalla de Turnhout. La victoria fué decisiva, y si no puso término á la guerra, demostró que los Holandeses ya podían medir sus armas y vencer á los tercios españoles.

Procede decir que Felipe, con suspender el pago de sus deudas, causó más daño al gobernador de los Países Bajos que el mismo Mauricio y el rey de Francia. El 26 de Noviembre de 1596, el monarca español dispuso levantar el embargo de los bienes y rentas que tenia sujetos al cumplimiento de sus obligaciones. El efecto de esta medida fué inmediato y desastroso. El cardenal, para salir de sus apuros, hubo de dar en que dió, mediante letras de cambio, la cantidad de 2.500.000. Se arruinaron, pues, los primeros comerciantes y banqueros de los grandes centros

mercantiles de Europa: Francfort y Génova sufrieron inmensos perjuicios y Amberes se arruinó casi por completo. El archiduque tuvo que vender su vajilla de plata. La suspensión de pagos, ordenada por Felipe, marcó una etapa triste para los Españoles en la guerra de la independencia, aprovechándose Mauricio de aquella medida, ora fortificando las ciudades de la República, ora extendiendo sus fronteras (1597). En parte se malograron sus buenos propósitos; porque Enrique de Francia, deseoso de la paz con Felipe, firmó el tratado de Vervins el 2 de Mayo de 1598, abandonando á los Holandeses. El 13 de Septiembre murió Felipe II, después de haber consagrado toda su vida á combatir la libertad civil y religiosa.

Le sucedió Felipe III. No es fácil hallar dos caracteres más opuestos. Felipe II, aunque cargado de años, de sinsabores y de dolencias, siempre se ocupó en los negocios de su dilatado imperio. Por esta razón, no siempre las cosas le salieron bien y con la premura que algunos casos exigían. Es evidente que trabajó con diligencia inquebrantable y tenaz en su obra portentosa, y que sus fuerzas se agotaron para realizarla, persuadido de que todo cuanto hacía, era para mayor gloria de Dios y dicha de la humanidad: no se encuentra otro príncipe en la historia, ni más constante en sus ideas, ni más atento á sus fines. Su hijo, en cambio, no hizo nada. Desde el comienzo de su reinado, entregó el gobierno á su favorito, el duque de Lerma, ocupándose él únicamente de fiestas, en que se gastaba con profusión escandalosa. En punto á ortodoxia, ya que no en talento, no cedía el hijo al padre; y por su fanatismo, acabó de arruinar á España, decretando la expulsión de los moriscos. Ni un solo día, ni un solo momento, tuvo voluntad propia

el nuevo monarca. Pero volviendo al objeto principal de esta historia, conviene decir que al advenimiento de Felipe III, los archidukes llegaron á ser, de hecho, independientes de la corona de España, comenzándose á vislumbrar la esperanza de la paz, que no se llevó á cabo en seguida por la perfidia de Enrique de Francia y por la flojedad de Jacobo de Inglaterra.

Isabel sobrevivió cuatro años y medio á su cuñado y enemigo. Aunque hubo de reconocer que la seguridad de Inglaterra exigía evitar á toda costa que el poder español se implantara de nuevo y se enseñorease de los dominios de la casa de Borgoña, su falta de recursos la obligó á desistir de mayores empeños que los emprendidos. Inglaterra no era en aquellos tiempos un país que comerciase con las demás naciones, como sucedió siglo y medio más tarde, ni sus manufacturas se extendían por el mundo, como dos centurias después de la muerte de la reina. El país era relativamente más pobre que lo fué un siglo antes, cuando los tejedores flamencos sacaban de Inglaterra todas las primeras materias, aunque entonces la exportación de lanas era todavía el artículo más importante del comercio inglés. Es verdad que Isabel, en los últimos años de su reinado, autorizó la constitución de la Compañía de las Indias, reuniendo á todos los comerciantes en un cuerpo con aquellas apartadas regiones, casi al mismo tiempo que los Holandeses hicieron lo mismo; pero no se olvide que el capital de esta Compañía fué ocho veces mayor que el de la inglesa, y que los beneficios comerciales superaron veinte veces al de sus rivales británicos. Algunos historiadores modernos censuran, con harta injusticia, la política y los hechos de Isabel, sin parar mientes en los medios de que disponía, y sin te-

ner en cuenta sus constantes esfuerzos para mejorar el estado de su hacienda, economizando sistemáticamente los gastos. Consiste el mayor elogio que puede hacerse de la discreta y prudente administración de Isabel, recordando que medio siglo escaso después de su muerte, las empresas favorecidas por ella comenzaron á ser productivas en alto grado para el pueblo inglés y para el real tesoro.

Enrique IV; si tuvo que luchar por su trono, hasta el punto de cambiar de religión para sostenerse en él, logró al fin que el rey de España lo reconociese. Hecho esto y persuadido de que ya no sería molestado por su antiguo y principal adversario, formó el proyecto, que desde aquel momento hasta nuestros días constituyó la base de la política francesa, de conquistar la Europa occidental desde los Pirineos hasta el Rhin, apoderándose de Flandes y de Holanda. Con el objeto de fijar su atención, única y exclusivamente, en los estados del archiduque, se dió prisa para terminar los asuntos que tenía en el continente. Desde entonces hasta el día de Waterloo, Bélgica fué el campo de batalla de Europa; idea que aun subsistía en 1870, pues si el resultado de la campaña franco-prusiana hubiese sido otro, aquella nación habría pasado á formar parte integrante del segundo imperio. Con respecto al tiempo de que se trata, los propósitos de Enrique debieron ser el agotamiento de las fuerzas, lo mismo de los Países Bajos que de sus enemigos; de este modo, no sería difícil á Francia la conquista del territorio que deseaba. Esta interpretación de la historia de Francia, se confirma y demuestra con los hechos.

Desde la muerte de Felipe II y durante algunos años después, la guerra fué cediendo. Por una y otra pár-

te se deseaba dar treguas al encono y reponerse de pasados quebrantos. Mientras Mauricio de Orange logró reunir, no sin gran dificultad, un pequeño ejército para defender la frontera holandesa, las tropas españolas vivían del merodeo en el ducado de Cleves¹; posesión vecina, no propia de la casa de Borgoña, sino del Imperio, y que Rodolfo no acertó á proteger de los invasores. Entonces se adoptaron por el gobierno español medidas rigurosas para dificultar, ya que no extinguir, el comercio de los Holandeses; pues el tráfico de éstos con la Península y sus posesiones ultramarinas, les proporcionaba recursos para la guerra.

Durante los pocos años que mediaron desde aquella época hasta la conclusión de la guerra, ocurrieron hechos militares de gran importancia y apareció en la escena un personaje muy interesante. Los sucesos fueron la batalla de Niewpoort, el sitio de Ostende, la creación y prosperidad de la Compañía universal de las Indias Orientales, y el combate naval de Gibraltar. El personaje era el marqués de Spinola, que hizo concebir la esperanza de que la guerra, después de 40 años pudiera acabarse pronto, quedando España vencedora y triunfante su política en los Países Bajos.

El ataque de Niewpoort y la batalla del mismo nombre ocurrieron el año 1600. Los Estados Generales acordaron, á petición de Barneveldt, invadir á Flandes, con el objeto de hacer más difícil la situación de los archiduques, los cuales sólo contaban, para ocurrir á los gastos de la guerra, con los recur-

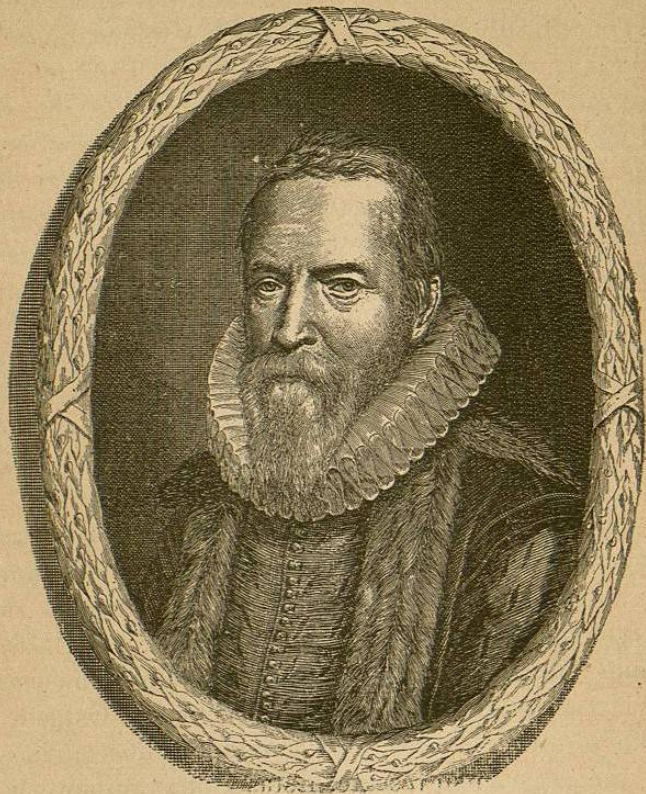
1 El ejército, mandado por Don Juan de Mendoza, y compuesto de Españoles, Italianos y Walones, cometiódes órdenes, robos, violencias y asesinatos.

objeto, colocándose los Holandeses en situación ventajosa. La batalla se dió el sábado 2 de Julio, y después de varias alternativas, durante las cuales pudieron atribuirse la victoria lo mismo Mauricio que Alberto, una bizarra carga de la caballería republicana puso en dispersión á los Españoles y decidió en definitiva el éxito. El archiduque pudo salvarse, no sin gran dificultad, y su ejército quedó destrozado. El triunfo de Mauricio vino á mostrar, como otras veces, que los Holandeses podían medir sus armas y derrotar á los veteranos españoles ¹. Convenía á los de Holanda que tales sucesos se verificasen en tierra; porque en el mar ya habían probado su fortaleza y pericia. Si los vencedores no se apoderaron de la plaza á consecuencia de la batalla, en cambio, desde aquel momento, comenzó la rivalidad entre Mauricio y Barneveldt, la cual hubo de terminar con la muerte del último en Binnenhof, en la Haya, 26 años después.

Ostende se hallaba en poder de los Holandeses largo tiempo, y era la única ciudad de Flandes donde aquéllos pudieron sentar la planta. Serviales de punto de apoyo para invadir y saquear los Países Bajos sujetos á España; y muchos nobles flamencos se vieron prisioneros de la guarnición de Ostende, sólo porque eran ricos, no alcanzando la libertad hasta que pagaron su rescate. Estas y otras razones sirvieron de motivo á los Estados de Flandes para pedir que fuese sitiada; pues de este modo, el archiduque arrancaría, según aseguraba, aquella espina de

¹ En la batalla de Niewpoort ó de las Dunas fué herido el archiduque Alberto, prisionero el almirante de Aragón, y entre los muertos, debe citarse al famoso Gaspar Zapena, maestro de campo. Se perdieron más de cien banderas, con la artillería y municiones.

las garras del león belga. Á fin de conseguir su propósito, ofrecieron al archiduque 300.000 florines. Al rededor de Ostende, pueblo de pescadores, levantaron los Holandeses las fortificaciones más poderosas



JUAN VAN OLDEN BARNEVELDT.
(Según un grabado de André Vaillant.)

de la época. Con el objeto de contener las incursiones de los enemigos, el archiduque hizo construir 18 fuertes á corta distancia de las primeras. Así las cosas, el 5 de Julio de 1601, comenzó el sitio, el más largo y memorable de los tiempos modernos, ofre-

ciendo la singular circunstancia, de que la plaza, ni fué bloqueada ni podía serlo.

Los Holandeses, que dominaban el mar, destruían á su voluntad y sin daño para ellos, las formidables y pesadas galeras de los Españoles. Por esta causa, el puerto se hallaba siempre abierto y franco, pudiendo la ciudad, lo mismo recibir hombres para reforzar su guarnición, que viveres y pertrechos de guerra. La obra de los Españoles estaba reducida á minar y destruir las fortificaciones de sus enemigos, y á conquistar, palmo á palmo, la tierra que pisaban los sitiados. Es incomprensible la obstinación de unos y de otros. Sacrificáronse vidas y se gastaron florines sin cuento, lo mismo de parte de los sitiados que de los sitiadores. La ganancia que á unos reportaba el merodeo conservando á Ostende, ni la pérdida que á los otros les ocasionaba las invasiones de la guarnición, eran motivo suficiente para derramar tanta sangre y gastar tanto oro. Mientras que en el sitio se iban consumiendo los recursos del archiduque, Mauricio ganaba plazas fuertes, siendo la de Sluys una de ellas y más importante que la de Ostende.

La guarnición de Ostende y el ejército sitiador ofrecían un conjunto abigarrado de nacionalidades. El extranjero advenedizo, que acudía á Ostende, atraído por su amor á la guerra, tomaba partido en beneficio de cualquiera de los contendientes, según era su inclinación ó su esperanza de lucro. Dentro de la plaza había, entre sus defensores, muchos ingleses. El jefe de la guarnición se llamaba Sir Francisco Vere, noble aventurero, que, con otros de ilustre cuna, fueron á servir la causa de la república holandesa bajo las órdenes de Mauricio. Sin embargo de los esfuerzos de la guarnición, la ciudad iba á, capitular

la víspera de Navidad. Vere entabló negociaciones con el archiduque, halagándole con promesas; pero su propósito era ganar tiempo y esperar socorros. Prorrogóse, en virtud de las palabras del inglés, la capitulación proyectada en la víspera de Navidad hasta el 7 de Enero; y entonces, reforzado ya Vere, rechazó al archiduque con grandes pérdidas. Con la guerra vino la peste, causando innumerables víctimas en los dos campos. No por eso cedieron de su empeño unos y otros, y el sitio continuó todo el año de 1602, con grandes contratiempos para el archiduque; sus soldados se amotinaron y abandonaron el ejército, y después de apoderarse de una ciudad flamenca y de proveerse de todo lo que necesitaban, concluyeron por entrar en tratos con Mauricio. Alberto quiso intimidarlos valiéndose de una excomunió; pero el remedio no fué eficaz. Entonces apareció Spinola. Gastón, Federico y Ambrosio eran oriundos de opulenta casa genovesa, y los tres tomaron parte activa en la guerra. El primero se había establecido en Flandes, donde obtuvo cédula de nobleza. El segundo se dedicó á la marina y llegó á mandar una escuadra; pero debido á la pesada construcción de sus buques y á sus malas condiciones marineras, los perdió todos, menos uno, en un combate con dos barcos holandeses, los cuales no igualaban unidos á la fuerza de cualquiera de los ocho que él guiaba. Sufrió este descalabro el 3 de Octubre de 1602. El 25 de Mayo del año siguiente fué vencido y muerto en otro encuentro con cinco naves holandesas. En Octubre de 1603 se presentó al frente de las tropas españolas el tercero de los Spinolas.

Continuaba el sitio de Ostende, y Jacobo Estuardo, sucesor de Isabel (había muerto el 24 de Marzo

de 1603), parecía dispuesto á seguir auxiliando á las Provincias Unidas.

El marqués de Spinola, á cambio de obtener el nombramiento de general en jefe de las tropas del archiduque, hubo de comprometerse á proseguir el asedio de Ostende y á continuar la guerra, con el capital de su propia familia y con su crédito personal entre los banqueros genoveses. Si antes no había dirigido operaciones militares, muy luego demostró sus dotes naturales para el arte difícil de la guerra, y que era digno rival de Mauricio. Si en los comienzos de su mando dió fundamento á ciertas quejas por su temeridad y por aventurar la suerte de su ejército en sucesos peligrosos, pronto supo captarse la confianza y el amor de los soldados, conquistando á Ostende, después de su completa destrucción, el 20 de Septiembre de 1604. Más de tres años y tres meses duró el sitio y perdieron la vida más de 100.000 hombres¹. Mauricio, en cambio, tomó á Sluys, cuartel general de Federico Spinola.

¹ Un historiador español de aquella época, dice, que murieron de nuestra parte más de 40.000 soldados entre enfermos, heridos y de peste; y entre ellos, más de 6.000 personas de cuenta, tanto capitanes, alféreces, sargentos, oficiales mayores y maestros de campo, como entretenidos: de la parte del enemigo, se tiene por relación suya que pasaron los muertos de más de 70.000 hombres, y entre ellos 7 gobernadores de la plaza, 15 coroneles, 565 capitanes, 322 alféreces, 1.188 tenientes, 4.198 sargentos, 9.188 cabos de escuadra y pasados de 900 marineros...